

mundo apoyado en fuerzas provenientes de fuentes propias del pensamiento mítico, potencias ancestrales y conjunción de elementos emanados de caminos que combinan magia y realidad. Desde esta perspectiva, la creación se convierte en un vigoroso campo de acción que cede paso a lo maravilloso, a la fábula o a las imágenes oníricas como herramientas de comprensión de nuestra propia naturaleza, en tanto que seres originarios de un continente donde se mezclan razas, religiones e historias.

En el maestro Oviedo trasciende la noción de mestizaje, no como dato estático del mestizaje racial sino más bien en el sentido del " mestizo criatura de la fantasía que puede aparecer como un ser artificial debido a un capricho combinatorio del hombre o la naturaleza. Mímesis perversa, mezcla mestiza que no tiene modelo. O bien como el mestizaje que implica vicio y violación, que pone en duda el origen, es decir, lo bastardea y registra la violencia como condición de su historia". (1) Pensamos en esas recurrentes figuras zoo y antropomórficas, desgarradas, laceradas, entre ídolos y cadáveres, inscritas en composiciones violentas "donde el campo pictórico estalla en infinitas direcciones, rompe con la unidad lineal narrativa y, sin embargo, no resulta una pieza dispersa o de poca consistencia sino que, más bien, genera un punto de tensión y atención muy elevado en el espectador"(2).

Obras como *Lluvia de formas*, 1997, *Habitantes del silencio*(1999), *Metamorfosis*(1999), *Persistencia de la forma en la materia* ,(1997) y *Forma voraz*(1999), expresan claramente esta consideración.

Se evidencian rastros de un sentimiento latinoamericano en la obra del maestro Oviedo, en esa manera de estar en la pintura que, sin ser elogio fácil, podemos emparentar con la búsqueda de Rufino Tamayo, de Szyslo o de Matta. Oviedo, al igual que ellos, ha pensado el lugar, se ha adentrado en sus íntimas raíces, en teogonías sepultadas que subsisten soterradas, ocultas en diferentes prácticas, creencias y tradiciones, y encontrando allí el gesto estratégico que trasciende en su pintura. Pero la identidad no es siempre un mirarse a sí misma, más bien está siempre en transformación. Es por lo tanto múltiple, polimorfa y mutante. "Habría que encontrar la identidad donde menos se espera: en la desintegración, en la fragmentación, en el derrumbe de la significación en tanto que necesidad legitimadora y del sentido en tanto certeza o religiosidad. Habrá que reconocer América Latina como lo que es: otro relato donde relatos paralelos se imbrican y se juegan al interior de la máquina social y que buscan metamorfosearse en pura alegría de superficies y de cuerpos libres"(3).

"Lo que se encierra en la permanencia, está ya petrificado"
R..M. Rilke, Sonetos a Orfeo